

La bestia del corazón

HERTA MÜLLER

Siruela Nuevos Tiempos



Índice

Cubierta
Portadilla
La bestia del corazón
Glosario
Notas
Créditos

Herta Müller

La bestia del corazón

Traducción del alemán de
Bettina Blanch Tyroller

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

La bestia del corazón

Todo el mundo tenía un amigo en
cada pedazo de nube
es lo que pasa con los amigos en un
mundo donde todo es terror
también mi madre me dijo: es muy
normal
los amigos no vienen a cuento
piensa en cosas más serias

Gellu Naum

Cuando callamos, nos tornamos desagradables, dijo Edgar. Cuando hablamos, nos tornamos ridículos.

Llevábamos demasiado rato en el suelo, delante de las fotos. Se me habían dormido las piernas de estar sentada.

Con las palabras en la boca aplastamos tantas cosas como con los pies sobre la hierba. Pero también con el silencio.

Edgar guardó silencio.

Aún hoy no puedo imaginarme una tumba. Sólo un cinturón, una ventana, una nuez y una soga. Cada muerte es para mí como un saco.

Si te oyen decir eso, dijo Edgar, te tomarán por loca.

Y cuando pienso en ello, tengo la sensación de que cada muerto deja tras de sí un saco repleto de palabras. Siempre me acuden a la mente el barbero y la tijera de manicura, porque los muertos ya no los necesitan. Y también se me ocurre que los muertos ya nunca más perderán un botón.

Tal vez intuyen cosas distintas a nosotros, dijo Edgar, quizás intuyen que el dictador es un error.

Poseían la prueba, pues también nosotros éramos un error para nosotros mismos. Porque en este país nos veíamos obligados a andar, comer, dormir y amar con miedo hasta que volvíamos a necesitar al peluquero y la tijera de manicura.

Alguien que sólo por el hecho de andar, comer, dormir y amar hace cementerios, dijo Edgar, es un error aún mayor que nosotros. Es un error para todos, un error dominante.

La hierba despunta sobre la cabeza. Cuando hablamos queda segada. Pero también cuando callamos. Y entonces, la segunda y la tercera hierba crecen a su antojo. Y pese a todo, somos afortunados.

Lola procedía del sur del país, y se advertía en ella una tierra que no había logrado salir de la miseria. No sé dónde se advertía, tal vez en los pómulos, en la comisura de los labios o en el centro de los ojos. Resulta difícil afirmarlo con seguridad, se trate de una tierra o de un rostro. Todas las tierras del país habían quedado sumidas en la miseria, también todos los rostros. Pero la tierra de Lola, ya se detectara en los pómulos, las comisuras de los labios o el centro de los ojos, era aún más pobre quizás. Más tierra que paisaje.

La aridez todo lo devora, escribe Lola, salvo las ovejas, los melones y las moreras.

Pero no fue la aridez lo que empujó a Lola a la ciudad. Lo que aprendo nada le importa a la aridez, escribe Lola en su cuaderno. La aridez no nota cuánto sé. Sólo lo que soy, o sea quien soy. Convertirme en alguien en la ciudad, escribe Lola, y regresar al pueblo al cabo de cuatro años. Pero no abajo, al camino polvoriento, sino arriba, a las ramas de las moreras.

También en la ciudad había moreras. Pero no en las calles, sino en los patios. Y no en muchos. Sólo en los patios de los ancianos había moreras. Y bajo el árbol había una silla de asiento acolchado y tapicería de terciopelo. Pero el terciopelo aparecía salpicado de manchas y desgarrado. Y alguien había rellenado el agujero desde abajo con paja. La paja estaba aplastada por el peso de quienes se sentaban, y pendía bajo el asiento como una trenza.

Si te acercabas a la silla desechada, podías distinguir las briznas de la trenza. Y comprender que algún día habían sido verdes.

En los patios con moreras, la sombra caía como un manto de tranquilidad sobre un rostro anciano sentado en la silla. Como un manto de tranquilidad, porque yo entraba en aquellos patios para mi propia sorpresa y raras veces regresaba. Y en aquellas raras ocasiones, un hilillo de luz que descendía en línea recta desde la copa del árbol

sobre el rostro anciano mostraba una tierra lejana. Un escalofrío me recorría la espalda, porque aquella tranquilidad no procedía de las ramas de la morera, sino de la soledad de los ojos. No quería que me vieran en aquellos patios. Que alguien me preguntara qué hacía allí. No hacía nada más de lo que veía. Contemplaba las moreras durante largo rato. Y entonces, antes de marcharme, me volvía una vez más hacia el rostro de la silla. En aquel rostro había una tierra. Veía un muchacho o una muchacha abandonar aquella tierra con un saco en el que llevaba una morera. Veía todas las moreras traídas a la ciudad.

Más tarde leí en el cuaderno de Lola: lo que se saca de la tierra se lleva en el rostro.

Lola quería estudiar cuatro años de ruso. El examen de ingreso había sido fácil, pues las plazas no escaseaban ni en la universidad ni en las escuelas rurales. Poca gente quería estudiar ruso. Los deseos son difíciles, escribe Lola, los objetivos resultan más sencillos. Un hombre que estudia, escribe Lola, lleva las uñas limpias. Dentro de cuatro años vendrá conmigo, pues este tipo de hombres sabe que será un señor en el pueblo. Que el barbero vendrá a su casa y se descalzará antes de entrar. Nunca más ovejas, escribe Lola, nunca más melones, sólo moreras, pues todos tenemos hojas.

Un pequeño cubículo por habitación, una ventana, seis chicas, seis camas, bajo cada una de ellas una maleta. Junto a la puerta un armario empotrado, en el techo sobre la puerta un altavoz. Los coros obreros cantaban del techo a la pared, de la pared a las camas hasta que caía la noche. Sólo entonces callaban, como las calles ante la ventana y el parque desgredado por el que ya nadie paseaba. En cada residencia había cuarenta de aquellos cubículos.

Alguien dijo que los altavoces ven y oyen todo lo que hacemos.

La ropa de las seis chicas estaba apretujada en el armario. Lola era quien menos ropa tenía. Se ponía los vestidos de todas las demás. Las medias de las chicas se guardaban en las maletas que yacían bajo las camas.

Alguien cantó:

Mi madre dice
que me dará
cuando me case
veinte cojines grandes
llenos de mosquitos
veinte cojines pequeños
llenos de hormigas
veinte cojines blandos
llenos de hojas podridas

y Lola se sentó en el suelo, junto a la cama, para abrir su maleta. Rebuscó entre las medias y levantó un amasijo de piernas, dedos y talones. Dejó caer las medias al suelo. Le temblaban las manos, y parecía tener más de dos ojos en el rostro. Tenía las manos vacías, más de dos manos en el aire. Casi tantas manos en el aire como medias en el suelo.

Ojos, manos y medias no se soportaban en una canción que se cantaba a dos camas de distancia. Que se cantaba desde una cabeza pequeña que se mecía con una arruga de pesar en la frente. Una canción de la que la arruga desaparecía de inmediato.

Bajo cada cama había una maleta llena de medias de algo - dón enredadas. En todo el país recibían el nombre de medias estándar. Medias estándar para chicas que querían medias lisas y transparentes. Y también querían laca, rímel y esmalte de uñas.

Bajo las almohadas de las camas había escondidas seis cajitas de rímel. Seis chicas escupían en la caja y removían el tizne con palillos hasta que la pasta negra se adhería a ellos. Luego abrían los ojos de par en par. El palillo les arañaba los párpados, las pestañas se tornaban negras y espesas. Pero al cabo de una hora se abrían lagunas grises en las pestañas. La saliva se secaba, y el tizne se desplomaba sobre las mejillas.

Las chicas querían tizne en las mejillas, rímel en el rostro, pero nunca más el hollín de las fábricas. Sólo un montón de medias transparentes, porque se hacían carreras en seguida, y las chicas tenían que atraparlas

en los tobillos y en los muslos. Atraparlas y sellarlas con esmalte de uñas.

Costará mantener blancas las camisas de un señor. Será mi amor cuando al cabo de cuatro años regrese conmigo a la aridez. Si consigue deslumbrar a los paseantes del pueblo con muchas camisas blancas, será mi amor. Y si es un señor a cuya casa acude el barbero y se descalza antes de entrar. Costará mantener blancas las camisas con toda esa porquería infestada de pulgas.

Pulgas incluso en las cortezas de los árboles, dijo Lola. No son pulgas, contestó alguien, sino piojuelos. Lola escribe en su cuaderno: Los piojuelos son peores aún. Alguien dijo, no atacan a la gente, porque la gente no tiene hojas. Lola escribe, lo atacan todo cuando quema el sol, incluso el viento atacan. Y todos tenemos hojas. Las hojas caen cuando dejamos de crecer, porque la niñez ha terminado. Y las hojas vuelven cuando nos marchitamos, porque el amor ha terminado. Las hojas crecen a su antojo, escribe Lola, como la hierba alta. Dos o tres niños del pueblo no tienen hojas y viven una gran niñez. Son hijos únicos cuyos padres son personas cultas. Los piojuelos convierten a los niños mayores en niños pequeños, a un crío de cuatro años en uno de tres, a uno de tres en uno de un año. Y en uno de medio año, escribe Lola, y en un recién nacido. Y cuantos más hermanos crían piojuelos, más pequeña es la niñez.

Un abuelo dice: Mi tijera de podar. Envejezco y cada día me encojo y adelgazo más. Pero mis uñas crecen más deprisa, más gruesas. Se cortaba las uñas con la tijera de podar.

La niña no se deja cortar las uñas. Duele, dice. La madre ata a la niña a la silla con los cinturones de sus vestidos. La niña grita con los ojos nublados. A la madre se le cae la tijera de manicura. La tijera cae al suelo por cada dedo, piensa la niña.

Uno de los cinturones, el de color verde hierba, se mancha de sangre. La niña sabe que sangrar significa la muerte. Los ojos de la niña se empapan, y la madre se desdibuja ante ella. La madre quiere a la niña. La ama con locura y no puede controlarse, pues su razón está atada al amor igual que la niña está atada a la silla. La niña sabe: la madre debe

cortarle los dedos a causa de su amor atado. Debe guardarse los dedos cortados en el bolsillo de la bata y salir al patio, como si fuera a tirar los dedos. Y en el patio, donde nadie la vea, debe comerse los dedos de la niña.

La niña intuye que, por la noche, la madre mentirá y asentirá cuando el abuelo le pregunte si ha tirado los dedos.

Y también intuye lo que ella misma hará por la noche. Gritará *Los tiene ella* y lo delatará todo:

Ha salido con los dedos al patio. Ha estado en la hierba, también en el jardín, en el camino y en el parterre. Ha andado a lo largo de la pared, detrás de la pared. Ha estado en el armario de las herramientas, con los tornillos. Y también en el ropero. Ha llorado en el armario. Se secaba las mejillas con una mano mientras metía la otra en el bolsillo de la bata. Una y otra vez.

El abuelo se lleva una mano a la boca. Quizás quiere mostrar aquí en la casa cómo se come un dedo en el patio, piensa la niña. Pero la mano del abuelo permanece inmóvil.

La niña sigue hablando, y algo se le queda pegado a la lengua. La niña piensa, no puede ser más que la verdad, posada sobre la lengua como un hueso de cereza que no quiere bajar por la garganta. Mientras la voz sigue entrando en el oído, espera la verdad. Pero en cuanto calla, piensa la niña, todo se convierte en mentira, porque la verdad ha caído al pozo de la garganta. Porque la boca no ha pronunciado la palabra *comido*.

La niña es incapaz de articular esa palabra. Sólo: Ha estado junto al ciruelo, no ha pisoteado la oruga en el sendero, la ha esquivado.

El abuelo baja los ojos.

La madre intenta escurrir el bulto y saca aguja e hilo del armario. Se sienta en la silla y se alisa la bata hasta dejar al descubierto el bolsillo. Hace un nudo en el hilo. La madre miente, piensa la niña.

La madre cose un botón. El hilo recién cosido cubre el viejo. Algo de verdad hay en la mentira de la madre, porque el botón está suelto. Cose el botón con el hilo más grueso. También la luz de la bombilla tiene hilos.

La niña cierra los ojos con fuerza. Tras los párpados cerrados, la madre y el abuelo penden de una soga de luz e hilo encima de la mesa.

El botón cosido con el hilo más grueso será el más resistente. La

madre jamás lo perderá; antes se romperá en pedazos.

La madre arroja la tijera al ropero. Al día siguiente, y cada miércoles desde entonces, el barbero del abuelo entra en la habitación.

El abuelo dice: Mi barbero.

El barbero dice: Mi tijera.

En la Primera Guerra Mundial se me cayó el pelo, dice el abuelo. Cuando me quedé completamente calvo, el barbero de la compañía me dio friegas de savia en el cuero cabelludo. El pelo volvió a crecerme. Más bonito que antes, me dijo el barbero. Le gustaba jugar al ajedrez. Se le ocurrió la idea de la savia porque yo había traído unas ramas cubiertas de follaje de las que tallé un juego de ajedrez. Las ramas de aquel árbol tenían hojas color gris ceniza y rojo. Y tan distinta como las hojas era la madera. Tallaba la mitad de las figuras con la madera oscura y la otra mitad con la madera clara. Las hojas claras no oscurecían hasta finales de otoño. Los árboles eran de dos colores porque las ramas gris ceniza crecían con mucho retraso cada año. Los dos colores les sentaban bien a mis figuras de ajedrez, dijo el abuelo.

El barbero le corta el pelo al abuelo. El abuelo permanece sentado en la silla sin mover la cabeza. El barbero dice: El pelo se enmaraña si no lo cortas. Mientras, la madre ata a la niña a la silla con los cinturones de sus vestidos. El barbero dice: Si no te cortas las uñas, los dedos se convierten en palas. Sólo los muertos tienen derecho a llevarlas así.

Suéltame, suéltame.

De las seis niñas del cubículo, Lola era la que tenía menos medias transparentes. Y las pocas que tenía estaban llenas de parches de esmalte en los tobillos y los muslos. También en las pantorrillas. Las carreras se formaban también cuando Lola no podía frenarlas, porque ella misma tenía que ir a la carrera, ya fuera en la acera o en el parque desgredado.

Lola tenía que correr y huir con su anhelo de camisas blancas, ese anhelo que seguía siendo tan pobre como su tierra aun en la felicidad más extasiada.

A veces, Lola no podía frenar las carreras de las medias porque estaba en clase. Con el catedrático, decía Lola sin saber cuánto le gustaba aquella palabra.

Por la noche, Lola colgaba sus medias en la ventana con los pies hacia afuera. No podían gotear, porque nunca las lavaba. Las medias pendían de la ventana como si llevaran en su interior los pies y las piernas de Lola, los dedos y los talones endurecidos, las pantorrillas y las rodillas abolladas. Podrían haber atravesado solas el parque desgredado hasta la ciudad en tinieblas.

Alguien del cubículo preguntó, dónde están mis tijeras de la manicura. Lola dijo, en el bolsillo del abrigo. Alguien preguntó, en qué abrigo, en el tuyo, por qué te la volviste a llevar anoche. Lola dijo, me la llevé al tranvía, y dejó la tijera sobre la cama.

Lola siempre se cortaba las uñas en el tranvía. A menudo viajaba en él sin rumbo. Durante el trayecto se cortaba y limaba las uñas, se retiraba las cutículas con los dientes hasta que la media luna blanca de cada uña se convertía en una alubia.

En las paradas, Lola se guardaba la tijera en el bolsillo y miraba hacia la puerta cuando subía alguien. Porque de día siempre sube alguien que actúa como si nos conociéramos, escribe Lola en su cuaderno. Pero de noche, esa misma persona sube como si me buscara.

De noche, cuando ya nadie paseaba por la calle ni por el parque desgredado, cuando se oía el viento y el cielo no era más que el ruido que emite, Lola se puso sus medias transparentes. Y antes de cerrar la puerta tras de sí, se advirtió a la luz del cubículo que Lola tenía pies dobles. Alguien preguntó, adónde vas. Pero los pasos de Lola ya resonaban en el pasillo largo y desierto.

Tal vez en los primeros tres años, yo me llamaba alguien en aquel cubículo. Pero todos menos Lola podían llamarse alguien. Porque alguien de aquel cubículo no quería a Lola. Y ese alguien eran todas.

Alguien se acercó a la ventana, pero no vio la calle ni a ninguna Lola pasar por allí. Sólo una diminuta mancha saltarina.

Lola fue al tranvía. Cuando alguien subió en la siguiente parada, abrió los ojos de par en par.

Alrededor de medianoche sólo subían los hombres que volvían a casa después del último turno en la fábrica de detergentes o en el matadero. Surgen de la noche a la luz del tranvía, escribe Lola, y veo a un hombre tan cansado que dentro de su ropa no queda más que una sombra. Y en su cabeza hace tiempo que no hay amor, y en el bolsillo no tiene dinero.

Sólo detergente robado o despojos de animales sacrificados: lenguas de buey, entrañas de cerdo o hígados de ternera.

Los hombres de Lola se sentaban en el primer banco. Se adormecían en la luz, bajaban la cabeza y se sobresaltaban cuando chirriaban las vías. En un momento dado se aprietan las bolsas contra el pecho, escribe Lola, y veo sus manos sucias. A causa de las bolsas me miran un instante.

En esa mirada breve, Lola encendía una llama en una cabeza fatigada. Ya no cierran los ojos, escribe Lola.

En la parada siguiente, un hombre se apeaba detrás de Lola. En los ojos llevaba las tinieblas de la ciudad. Y la codicia de un perro famélico, escribe Lola. Lola no se volvía, sino que apretaba el paso. Atraía a los hombres abandonando la calle, tomando el camino más corto que se adentraba en el parque desgredado. En silencio, escribe Lola, me tumbo sobre la hierba, escribe Lola, y él deja la bolsa bajo la rama más larga y baja. No hay nada que decir.

En la noche se levantaba el viento, y sin pronunciar palabra, Lola agitaba la cabeza y el vientre. Más allá de su rostro susurraban las hojas, como antaño sobre el rostro de un bebé de medio año, un sexto hijo a quien nadie amaba salvo la pobreza. Y como entonces, las piernas de Lola se llenaban de arañazos por culpa de las ramas. Pero su rostro no.

Desde hacía varios meses, Lola cambiaba una vez a la semana los recortes de periódico de la vitrina de la residencia. Movía las caderas en la vitrina, junto a la puerta de entrada. Soplabla para sacar las moscas muertas y limpiaba el vidrio con dos medias estándar de su maleta. Con una de las medias mojaba el vidrio, con la otra lo secaba. Luego cambiaba los recortes, arrugaba el penúltimo discurso del dictador y pegaba el último. Cuando terminaba, tiraba las medias.

Cuando Lola había gastado casi todas las medias estándar de su maleta, empezó a coger medias de otras maletas. Alguien dijo, esas medias no son tuyas. Lola dijo, pero si ya no os las ponéis.

El padre clava el verano en el jardín con el azadón. Junto al parterre, la niña piensa: El padre sí que sabe cosas de la vida. Porque el padre

guarda sus remordimientos en las plantas más necias y luego las arranca. Poco antes, la niña ha deseado que las plantas más necias escapen al azadón y sobrevivan al verano. Pero no pueden huir, pues no les crecen plumas blancas hasta el otoño. No es hasta entonces que aprenden a volar.

El padre nunca se vio obligado a huir. Había llegado al mundo cantando. Había hecho cementerios para luego salir de esos lugares a toda prisa. Una guerra perdida, un soldado de la SS que regresa a casa, una camisa de verano recién planchada en el armario, y en la cabeza del padre no se veía aún una sola cana.

El padre se levantaba muy temprano, le gustaba tumbarse en la hierba. Contemplaba desde allí las nubes rojizas que anunciaban el día. Y puesto que la mañana era tan fría como la noche, las nubes rojizas tenían que rasgar el cielo. Arriba en el cielo despuntaba el alba, abajo en la hierba la soledad se apoderó de la cabeza del padre. La soledad lo empujó a la piel cálida de una mujer. Ahí entró en calor. Había hecho cementerios y no tardó en hacerle un hijo a la mujer.

El padre guarda los cementerios en la garganta, ahí donde, entre el cuello de la camisa y el mentón, se encuentra la laringe. La laringe es afilada y está cerrada a cal y canto. Así de sus labios jamás podrán brotar los cementerios. Su boca bebe licor de las ciruelas más oscuras, y sus canciones son pesadas y borrachas para el *führer*.

El azadón proyecta una sombra en el parterre; la sombra no cava, sino que permanece inmóvil y contempla el sendero del jardín, donde una niña se llena los bolsillos de ciruelas verdes.

Entre las plantas más necias, arrancadas, el padre dice: No comas ciruelas verdes, porque el hueso aún está blando y muerdes la muerte. No hay nada que hacer; te mueres. La fiebre te consume el corazón desde las entrañas.

Los ojos del padre están vidriosos, y la niña ve que el padre la quiere con locura. Que no puede controlar su amor. Él, que ha hecho cementerios, desea a la niña la muerte.

Por eso la niña espera y más tarde se come las ciruelas. Todos los días, cuando el padre no la ve, la niña se esconde árboles enteros en el vientre. Come y piensa, esto es para morir.

Pero el padre no ve nada, y la niña no muere.

Las plantas más necias eran abrojos. El padre sabía mucho de la vida. Al igual que todo aquel que habla de la muerte sabe cómo sigue la vida.

A veces veía a Lola en las duchas, por la tarde, cuando era demasiado tarde para el aseo diurno y demasiado pronto para el nocturno. A lo largo de su espalda veía una línea casposa, y sobre el pliegue del trasero, un círculo casposo. La línea y el círculo parecían un péndulo.

Lola me volvía la espalda con brusquedad, y entonces yo veía el péndulo en el espejo. Tendría que haber sonado, porque Lola se había sobresaltado al verme entrar en las duchas.

Pensé, Lola tiene la piel excoriada, pero nunca un amor. Sólo espasmos en el vientre sobre la hierba del parque. Y encima de ella los ojos perrunos de los hombres que durante todo el día oían caer el detergente al tubo grueso y escuchaban los estertores de los animales. Aquellos ojos ardían encima de Lola, porque durante todo el día habían estado apagados.

Todas las chicas que vivían en una misma planta de la residencia, cubículo junto a cubículo, guardaban su comida en la nevera del comedor. Queso de cabra y embutido de casa, huevos y mostaza.

Al abrir la nevera, veía al fondo una lengua o un riñón. El hielo secaba la lengua, el riñón estallaba. Al cabo de tres días desaparecían.

En el rostro de Lola advertía la pobreza de su tierra. Nunca sabía si se comía las lenguas y los riñones o los tiraba; no lo adivinaba en sus pómulos, en las comisuras de sus labios ni en el centro de sus ojos.

Ni en la cafetería ni en el gimnasio lograba adivinar si se comían o tiraban los despojos de los animales sacrificados. Quería saberlo. Ardía en deseos de humillarla. La espí hasta quedarme ciega. Pero por mucho que la observara, lo único que veía era la tierra en su rostro. Sólo una vez la sorprendí friéndose unos huevos sobre la plancha encendida para luego rascarlos con el cuchillo y comérselos. Pero lo único que hizo fue acercarme la punta del cuchillo para que probara. Están buenos, dijo Lola, porque no quedan tan grasientos como en la sartén. Después de comer, Lola guardó la plancha en el rincón.

Alguien dijo: Limpia la plancha. Y Lola dijo: Si de todas formas ya

no se puede planchar con ella.

Aquella ceguera me atormentaba. A mediodía, cuando hacía cola con Lola en la cafetería y luego me sentaba con ella a la mesa, pensaba, esta ceguera se debe a que sólo nos dan cucharas para comer. Nunca tenedores ni cuchillos. De forma que sólo podemos aplastar la carne con la cuchara y luego desgarrarla con la boca. Esta ceguera se debe, pensaba, a que nunca nos dejan cortar con cuchillo y pinchar con tenedor. A que tenemos que comer como animales.

Todos están hambrientos en la cafetería, escribe Lola en su cuaderno, un rebaño deprimente que mastica. Cada individuo, una oveja testaruda. Y el conjunto, una jauría de perros glotones.

En el gimnasio pensaba que mi ceguera se debía a que Lola no sabía saltar el potro, a que doblaba los codos bajo el vientre en lugar de extenderlos con fuerza, a que levantaba las rodillas sin entusiasmo en lugar de abrir las piernas en tijera. Lola se quedaba atascada y resbalaba por el potro sobre el trasero. Luego caía sobre la colchoneta de cara en lugar de aterrizar de pie, y permanecía tumbada en el suelo hasta que el profesor gritaba.

Lola sabía que el profesor de gimnasia la agarraría por los hombros, el trasero, las caderas. Que una vez se le pasara el enojo, la tocaría donde se terciara. Y Lola se hacía aún más pesada para que el profesor tuviera que agarrarla con más fuerza.

Todas las chicas se quedaban de pie al otro lado del potro. No podían saltar, no podían volar, porque el profesor tenía que darle un vaso de agua a Lola. Se lo traía del vestuario y lo sostenía delante de sus labios. Lola sabía que le sujetaría la cabeza durante más rato si bebía despacio.

Después de la clase de gimnasia, las chicas iban a las estrechas taquillas del vestuario y volvían a ponerse sus vestidos. Alguien dijo, llevas mi blusa. Lola dijo, no me la voy a comer, sólo la necesito hoy porque tengo una cita.

Cada día, alguien del diminuto cubículo decía, es que esos vestidos no son tuyos. Pero Lola se los ponía y se marchaba a la ciudad. Lola llevaba los vestidos en consonancia con los días. Quedaban arrugados,